

5-1-2006

## Reviewed Work(s): Enterrar a los muertos by Ignacio Martínez de Pisón

Salvador Oropesa

*Clemson University*, oropesa@clemson.edu

Follow this and additional works at: [https://tigerprints.clemson.edu/languages\\_pubs](https://tigerprints.clemson.edu/languages_pubs)

---

### Recommended Citation

Oropesa, S. (2006). Chasqui, 35(1), 158-160. doi:10.2307/29742080

This Book Review is brought to you for free and open access by the Languages at TigerPrints. It has been accepted for inclusion in Publications by an authorized administrator of TigerPrints. For more information, please contact [kokeefe@clemson.edu](mailto:kokeefe@clemson.edu).

Review

Reviewed Work(s): Enterrar a los muertos by Ignacio Martínez de Pisón

Review by: Salvador A. Oropesa

Source: *Chasqui*, Vol. 35, No. 1 (May, 2006), pp. 158-160

Published by: Chasqui: revista de literatura latinoamericana

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/29742080>

Accessed: 20-06-2019 14:13 UTC

---

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

*Chasqui: revista de literatura latinoamericana* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Chasqui*

a este su primer intento narrativo extenso. En algunos de sus libros de poemas como *Autorretrato a los 27* (2003), *La resistencia* (2003), *El nombre de esta casa* (1999), entre otros, ya vemos presente el tema de la angustia y la desesperación en el individuo ante la sociedad actual mexicana donde el erotismo, la violencia y la indiferencia son parte del caos en el espacio urbano que se intenta reflejar.

*Un mundo infiel* acentúa el componente imaginario poético al que Julián Herbert nos tiene acostumbrados. Sin embargo, también debemos aclarar que encontramos en su novela un discurso implícito que multiplica el binarismo de género heterosexual homofóbico durante toda la diégesis. Como primer ejemplo, no encontramos agencia en ninguna mujer de la historia, todas aparecen victimizadas. El ejemplo más evidente es el abuso sexual sufrido por Mariana, violada por los dos hermanos de Ángela, quedando al final marginada y olvidada como un objeto, “Un rato después, cuando la liberaron, se dejó caer de espaldas sobre el colchón, cubriéndose el rostro con los brazos. Por el olor y la humedad, supo que había manchado las sábanas de sangre y excremento” (98). Herbert también presenta la homosexualidad desde una visión masculina homofóbica donde las relaciones sexuales entre hombres se desarrollan como algo enfermizo, dentro del incesto, y sin aceptar abiertamente su identidad sexual; tal es el caso de Rubén y Adolfo, hermanos de Ángela. En un momento de la historia después de un encuentro sexual entre los dos, Adolfo comenta haber disfrutado su encuentro, sólo para rechazarlo por su hermano Rubén que, “le largo una bofetada, manchándole el rostro” (94).

Si estos últimos ejemplos pueden considerarse como limitaciones de la historia, son marcadamente superados por la riqueza de imaginación y buen uso de léxico creativo. Tanto el juego narrativo palabras, las identidades infinitamente desdobladas, y el ambiente onírico creado, constituyen un fino despliegue de originalidad y un esfuerzo extraordinario de una nueva narrativa Mexicana.

Rodrigo Pereyra, Texas A&M University

Martínez de Pisón, Ignacio. *Enterrar a los muertos*. Barcelona: Seix-Barral, 2005. 269 pp. ISBN 84-322-1205-09

La principal acusación que se hizo a la Transición española es que fue un pacto de olvido. Si el franquismo había sido un pacto de sangre, la vuelta al sistema democrático se hizo pagando el carísimo precio de tener que traicionar la memoria de aquéllos que fueron perseguidos por el franquismo, de los que murieron en el bando de los perdedores durante la Guerra Civil (1936-39), de los que fueron ejecutados o de los que perecieron de enfermedades ya fuera en las cárceles franquistas, en los campos de concentración franceses y nazis o luchando con los aliados en la II Guerra Mundial. En los primeros años de la democracia proliferaron las memorias de personajes que venían del exilio y también de aquéllos que se habían quedado en España. Estas memorias eran en su mayoría de autoexculpación o de reivindicación de un hueco en la historia del reciente pasado traumático. También hubo reediciones de libros que se habían mal editados en condiciones precarias y que por censura o lejanía no habían llegado al público.

El año 2001 aparece un libro muy importante, *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas. *Soldados* es un texto extraño, no es un libro de historia o un testimonio, es una novela que quiere contar la Historia a partir de personajes reales. De los diferentes subgéneros que la componen lo que le importa al autor es que cada uno aporta piezas al rompecabezas de la verdad. Fuera se ha

quedado el relativismo posmoderno o la teoría del simulacro sobre si la realidad es real o el espejismo de la cueva platónica. Cercas, y con él otros escritores de su generación, se asoman a zanjas llenas de cadáveres y deciden que hay que construir textos que hagan justicia a los muertos porque son nuestros.

El primer elemento positivo es que hay cimientos donde construir, por ejemplo, George Orwell contó con gran ecuanimidad la represión estalinista contra el POUM en la Barcelona revolucionaria en *Homage to Catalonia*. Ramón J. Sender ya lo había hecho anteriormente con la represión gubernamental contra los anarquistas en Casas Viejas. En los últimos tiempos historiadores como Antony Beevor mejoraban la ya de por sí bastante buena historia de la Guerra Civil de Hugh Thomas. Por otro lado está el abismo de los revisionistas como Stephen Koch en Estados Unidos o Pío Moa en España que leen los errores de la izquierda en los treinta como justificación de los vencedores.

La alta modernidad intelectual americana y europea de entreguerras vio la Guerra Civil como una lucha del bien contra el mal y ellos eran los buenos. Nunca sabremos si un hipotético triunfo del Frente Popular hubiera llevado al comunismo a España, pero el golpe de estado del General Casado al final de la Guerra presagia que no. Lo que sí sabemos es que el lado victorioso trajo el fascismo y una represión que no se conocía desde la invasión napoleónica.

Javier Cercas se centró en dos personajes opuestos, el novelista falangista Rafael Sánchez Mazas y un soldado anónimo que le perdonó la vida. Mientras el primero escribió artículos y poemas neorrenacentistas que justificaran el golpe de estado y la consiguiente represión, el segundo, tras perder una guerra, enganchado en la legión francesa recorría África y Europa llevando la bandera de la libertad y la democracia, luchando contra Rommel, desembarcando en Normandía por la playa Utah y liberando París. Más importante aun, este soldado conservó en su memoria los nombres y los rostros de los muchachos de su pueblo que murieron en combate y que todos habían olvidado.

Martínez de Pisón se centra también en dos jóvenes, que se conocieron cuando aun eran estudiantes, que se encontraron un día en un vagón de tercera camino de Toledo. Por un lado José Robles Sánchez, traductor, futuro profesor de la Johns Hopkins University, especialista en Siglo de Oro y autor de un par de manuales para que los jóvenes norteamericanos aprendieran español. Robles se encontraba en España de vacaciones cuando comenzó la Guerra Civil y como buen republicano entusiasta pidió permiso en la universidad y se puso al servicio del gobierno legítimo como traductor. Su mala suerte es que su conocimiento del ruso hizo que estuviera al tanto de los secretos de la represión estalinista y como un peón más fue injustamente detenido, acusado de traición y asesinado. El segundo personaje de la historia de Martínez de Pisón es el íntimo amigo de Robles, John Dos Passos. Dos Passos volvía a España durante la Guerra Civil para trabajar en el documental de propaganda *The Spanish Earth* junto a Ernest Hemingway. Robles, traductor de Dos Passos, iba a ser su contacto con las autoridades republicanas. El asesinato de Robles y el vacío que se hizo a su alrededor, en muchos casos pánico ante el poder del SIM y la NKVD, los servicios de espionaje comunistas, hizo que Dos Passos se desentendiera del proyecto, se peleara con Hemingway y se desencantara. Ni Orwell ni Dos Passos se convirtieron en escépticos, en ese sentido se mantuvieron en la ortodoxia de la modernidad, pero nunca más se dejaron engañar por utopías que se escribían con sangre de gente decente. El texto de Martínez de Pisón es un *whodunit* ya que es importante saber quiénes fueron las manos asesinas, y quiénes ordenaron disparar. Es una historia de malos y buenos. Los malos son, entre otros, Alexander Orlov, Wenceslao Roces, José Bergamín, Rafael Alberti, Ernest Hemingway y Constancia de la Mora. Entre los buenos están George Orwell, Arturo Barea, John Dos Passos y Josephine Herbst

(mala y fea en el libro de Koch sobre el mismo tema). Al igual que en *Cercas* hay un estudio exhaustivo para construir el contenido: libros de historia, memorias, archivos históricos, penales y judiciales, hemerotecas en español, catalán, ruso e inglés, fotografías y noticieros cinematográficos. El denominador común del libro de *Cercas* y el de Martínez de Pisón es que lo único revolucionario es la verdad, la verdad honesta, que el auténtico progresista es siempre antitotalitario y que el fin no justifica los medios.

Salvador A. Oropesa, Kansas State University

Matamoro, Blas. *Rubén Darío*. Madrid: Espasa, 2002. 268 pp. ISBN 8-467-00085-6

La crítica literaria que ejercemos en los recintos universitarios se caracteriza, entre otras cosas, porque sus consumidores en la abrumadora mayoría de los casos somos también productores. Nuestro aislamiento del lector no afiliado a casas de estudio —que todavía existe— con frecuencia se refuerza soslayando la crítica no atada a la lógica institucional y administrativa de nuestra porción del campo cultural. La indiferencia o ignorancia podrían explicarse de distintas maneras: limitado repertorio de lecturas, soberbia o falta de curiosidad por lo que no nos conduzca a la acumulación inmediata de capital simbólico tal como se define entre nosotros —el conjunto de conocimientos, acciones y valores que en inglés se denominan *scholarly* y que, reconocidos, a la larga pueden convertirse en bienes contantes y sonantes: becas, ascensos, aumentos salariales por mérito, permanencia en el cargo, etcétera. Sólo reparando en esto podría explicarse por qué a veces se pasa por alto en nuestras publicaciones la labor de críticos que tienen mucha más resonancia entre los escritores mismos y afectan directamente al trabajo de éstos o su visión de la literatura.

Una omisión paradigmática ha sido la del argentino Blas Matamoro (1942), cuya obra ensayística (*La ciudad del tango, Saber y literatura, Por el camino de Proust, Genio y figura de Victoria Ocampo, Lecturas americanas, Lecturas españolas*) tiene gran difusión y se reseña en revistas literarias esenciales del mundo hispánico pero, hasta cierto punto, está casi ausente de las revistas universitarias, sobre todo las estadounidenses. Recientemente, el caso parece confirmarse con su *Rubén Darío*, pese a que su recepción en varios países haya suscitado escándalo intelectual y a que su aparición haya dejado una estela de disputas que contribuye a actualizar al escritor nicaragüense.

*Rubén Darío* merece nuestra atención no sólo por lo que agrega a la bibliografía acerca del autor, sino por lo que indica de la cultura en la que se publica y en la que se lee de los modos más enconados. Dos de los rasgos que el libro destaca en el perfil dariano, contra las imágenes tradicionales, son su conflictiva vida familiar y la riqueza de su repertorio de gustos sexuales. Ante esto, sintomática ha sido la ira, para no ir muy lejos, del secretario de la Academia Nicaragüense de la Lengua, Jorge Eduardo Arellano, que asegura, tal como lo registran varios periódicos, que “Nicaragua no ha producido ningún intelectual homosexual” y no ha habido en ese país más que “uno que otro artista” que ha tenido “esa tendencia”. “Procaz” es el adjetivo que Arellano emplea para evaluar más tajantemente la obra de Matamoro. Otros han dado en hablar de pobreza crítica y de un libro “vergonzoso”; o, para contrarrestarlo, han optado por exaltar la figura dariana estableciendo paralelos con la de Bolívar y considerándolos a ambos “próceres